

Barro en manos del Alfarero

“Somos de barro y no de piedra, creados para hacer el amor y no la guerra”.
Nach.

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

Agustín de Hipona, dice: “Dios da forma a nuestras vidas con amor”. El profeta Isaías al expresar que somos barro en manos del alfarero, dice: “Yo soy la arcilla, tú el alfarero, somos todos obra de tus manos” (Is 64,8). Al buscar el significado de las palabras del profeta encontramos que un alfarero es una persona que toma la arcilla y la convierte en cerámica. La arcilla húmeda se convierte en un torno cuando el alfarero la moldea en lo que quiera. Una vez terminada, la creación del alfarero se cuece en un horno, lo que endurece la arcilla. En la analogía, Dios es el alfarero y nosotros somos barro en manos del alfarero.

Con estas palabras barro en las manos del Alfarero hay una canción llena de amor y entrega al Señor así es, vaso nuevo. A ritmo de delicados instrumentos las melodías se elevan al Cielo para alabar al Señor y decirle cuánto le amamos y pedirle perdón por cualquier error o pecado cometido, si tan malo es, que nos vuelva a formar con sus manos de alfarero.

A través de vaso nuevo se hace una declaración significativa. Y es que amamos al Señor y si en algo le hemos fallado, le pedimos perdón y le

suplicamos que nos guíe por el camino del bien, en una buena vida, la vida de la paz, el gozo y la tranquilidad. Con estas letras se le puede anunciar esto y dejar en Él cada una de nuestras vidas:

“

Yo quiero ser, Señor, amado como un vaso en manos del alfarero. Toma mi vida, hazla de nuevo, yo quiero ser un vaso nuevo”.

“Yo soy la arcilla, tú el alfarero. Somos la arcilla de una vasija”.

Dios, el alfarero, estudia la arcilla y descubre sus virtualidades y los defectos. Con cuidado modela los detalles de cada ser humano y lo introducirá en el horno de la plegaria. Si no lo introduce en el horno, si no lo introduce en la oración, nunca tomará resistencia.

Estamos constantemente hablando de la alfarería y del barro ¿Será que sé que son y para qué sirven? Se denomina alfarería al arte de crear utilizando materiales como barro cocido, a lo largo de la historia se han destacado con esta disciplina vasijas, platos, ollas, vasos, pucheros, entre otros objetos que se hacen mediante esta técnica.

Es casual que al considerar la alfarería como el arte de crear utilizando materiales como barro cocido, a lo largo de la historia se han destacado con esta disciplina vasijas, platos, ollas, vasos, pucheros, entre otros objetos que se hacen mediante esta técnica. No obstante, también se les llama alfarería a aquellos objetos elaborados con arcilla para luego ser cocidos una vez.

La arcilla o barro, es la masa que resulta de la mezcla de tierra y agua: si juegas en el barro te vas a ensuciar. Lodo que se forma en las calles cuando llueve: el barro que se juntó favorece los derrapes. Material arcilloso moldeable que se endurece por la cocción, utilizado en alfarería y cerámica: artesanías de barro.

Dios que todo lo hizo por amor, somos arcilla entre tus Manos, es como el alfarero que nos asiste, nos alisa y nos marca con sus herramientas que aprietan y cortan y liman - ¡eso es bien difícil! - Pero, Él lo hace por amor. Somos la obra de las manos de Dios a través de su Palabra:

Ciertamente, es viva y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón” (Hb 4,12).

Como la arcilla es la obra de las manos de un alfarero, nosotros somos la obra de las manos de Dios. Por ejemplo, en su oración a Dios por Israel, Isaías confiesa que la nación es obra de la mano de Dios.

En las vidas nuestras pretendiéramos poder evitar todo lo que nos duele, todo lo que nos causa sentimiento de dolor. Pero son los procesos que hieren, los que nos pulen y los que dejan sus huellas en nosotros que más nos santifican, más nos embellecen, y más nos hacen útiles al Señor. Dejemos entonces que Él, como alfarero, haga lo que quiere y tiene que hacer en el barro de nuestras vidas.

El Apóstol Pablo representa que además de las “aflicciones del tiempo presente no son comparables con la Gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Rm 8,18).

A continuación, describamos el pasaje bíblico del profeta Jeremías para desglosar el artículo que lleva por nombre: Barro en manos del alfarero:

“

Palabra del Señor que recibió Jeremías: Levántate y baja al taller del alfarero, y allí te comunicaré mi

palabra. Bajé al taller del alfarero, que estaba trabajando en el torno. A veces, le salía mal una vasija de barro que estaba haciendo, y volvía a hacer otra vasija, según le parecía al alfarero. Entonces me vino la palabra del Señor: ¿Y no podré yo trataros a vosotros, casa de Israel, como este alfarero? -oráculo del Señor-. Mirad: como está el barro en manos del alfarero, así estáis vosotros en mi mano, casa de Israel” (Jr 18,1-6).

Moraleja

- El Apóstol Pablo, dice: “Llevamos ese tesoro en vasos de barro, para que esta fuerza soberana se vea como obra de Dios y no nuestra” (2Co 4,7).
- En Agustín de Hipona, dice: todo cristiano debe confiar su vida en las manos de Dios el cual, igual que el alfarero hace con el barro, le dará la forma que más conviene, estar en las manos de Jesús es un proceso que nos hace parecernos más a Él. ¡De la misma forma en que todo en la naturaleza ha pasado por un proceso para tomar su forma, tú y yo también en las manos de nuestro Creador!
- Será que estamos dispuestos a poner nuestras vidas en manos de Cristo. Él labra contigo lo mismo que hace el alfarero con el barro, es todo un proceso de echarle agua, darle forma con las manos, ponerlo en un horno caliente, cepillado, pintura y por último el horno más caliente y todo esto con el único objetivo de que el barro sea útil y duradero.

En el artículo: **Barro en manos del Alfarero**, presentamos algunos aspectos básicos que son necesarios para vivirlos en vida y dar gratitud al Señor:

1. Jeremías: Como el barro del alfarero.

2. Somos barro pulido.
3. El taller del alfarero.
4. De qué barro soy.
5. Tú y yo somos barro.
6. Sus manos nos forman.

Con el profeta Jeremías manifestamos unos pasajes bíblicos que valen de reflexión propia y revisión de vida para instantes eficaces: Antes de formarte en el vientre de tu madre, yo ya te conocía (1,5). Conozco bien los planes que tengo para ti, para darte un futuro de esperanza (29,11). Con amor eterno te he amado (31,3). Pondré mi ley dentro de ellos y la escribiré en sus corazones (31,33).

Hoy, estos mensajes aportan suficiente fuerza reveladora en las palabras del profeta Jeremías. La forma en que dócilmente el Señor dio perfil a la vida del profeta Jeremías nos recuerda que también puede dar forma a la nuestra.

1. Jeremías: Como el barro del alfarero

El profeta Jeremías fue un hebreo, hijo del sacerdote Hilcías. Él fue el profeta que presencié algunos de los días más lúgubres de la iniquidad de Israel, pero a pesar de ello reconoció las manos habilidosas del Maestro alfarero, que moldeó su carácter y lo convirtió en una hermosa obra de arte. Los hechos de su vida nos recuerdan la necesidad de depositar toda nuestra vida, sin importar lo difícil que pueda ser, en las manos amorosas del Señor.

“

La palabra del Señor vino a mí y me dijo: – Puse mis ojos en ti antes que nacieses. Te elegí antes de que co-

menzases a desarrollarte en el seno de tu madre. Te he destinado a ser mi profeta sobre los pueblos.

Entonces dije yo: – Señor, Dios mío, todavía soy demasiado joven. ¿Cómo voy a predicar? ¡No sé hablar!

Pero, el Señor me respondió: – ¡No digas: soy demasiado joven! Vete a donde Yo te envíe, y predica lo que Yo te mandé. ¡No temas! No podrán hacerte nada. Yo, el Señor, estaré contigo y te salvaré. Pongo mis palabras en tu boca. Diles a todos lo que voy a hacer”.

(Jr 1,3-10).

Jeremías cumpliendo lo que Dios le había dicho en su misión, invitaba al pueblo de Israel a cambiar de vida: “¿No puedo yo tratarlos a ustedes, casa de Israel, como ese alfarero? Oráculo del Señor. Sí, como la arcilla en la mano del alfarero, así están ustedes en mi mano, casa de Israel” (Jr 18,6).

Jeremías fue instruido por Dios para que fuera a la casa de un alfarero donde Él pudiera ilustrar su relación con Israel. El profeta comunica una lección significativa que aprendió de Dios de una manera única. Pues, Dios le dijo a Jeremías que fuera a la casa de un hombre en su pueblo que hacía alfarería, y una vez que llegara allí, Dios le revelaría un mensaje significativo. Así que fue a la casa del alfarero. Cuando llegó a la casa de este hombre, observó cómo el alfarero tomaba un poco de arcilla y comenzaba a hacer una olla.

Mientras el alfarero trabajaba, Jeremías apreció que la olla no estaba tomando la forma que el alfarero quería que tuviera, así que el alfarero cambió la forma de la olla. Cuando la forma de la maceta cambió, el alfarero estaba contento con su creación porque al alfarero le gustaba más la nueva forma de la maceta que la antigua.

En aquel instante, Dios dijo a Jeremías: Aspiraba que vieras al alfarero rehacer la olla en otra forma. Tú, Jeremías, y todo el pueblo de Is-

rael son como el barro en manos del alfarero, porque tú estás en mis manos. Te formaré y te haré como quiero que seas. Confía en mí, y déjame crearte como yo quiero que seas.

Dios igualmente estaba advirtiéndolo a Jeremías. Estaba diciendo que algunas veces la gente puede hacerse como ellos quieren ser en vez de permitir que Dios nos haga y nos moldee en el camino de Dios. El mensaje de Dios a Jeremías fue que siempre debemos confiar en Dios y permitir que Dios nos haga como Él quiere que seamos.

El camino vital del profeta Jeremías se describe desde Anatot, donde nació, cerca de Jerusalén, en el seno de una familia sacerdotal. Empezó su ministerio en el año 13 del rey Josías (627-626 a.C.) y conoció a sus sucesores en el trono hasta la caída del Reino de Judá (587 a.C.). Tuvo a su lado a Baruc, el amigo que le hizo de secretario, un escriba respetado de la Corte.

Su predicación o misión se encuadra en cuatro etapas, cada una con mensaje propio:

- En Jeremías 2-3, los primeros años debió de participar en la reforma de Josías.
- Durante el reinado de Joaquín, pronunció su discurso en la puerta del Templo, afirmando que la seguridad que ponían en él no tenía base, sino que, por el contrario, la voluntad divina exige el cumplimiento de los compromisos que pide la Alianza.
- Los años terribles: 597-587 a.C. En el 597 a.C. Nabucodonosor conquistó Jerusalén y deportó a lo mejor de la nación.
- La última etapa de su vida se desarrolla entre la destrucción de Jerusalén y su muerte.

El alfarero con todo su trabajo en nuestras vidas, nos está formando para ser instrumentos para honra, santificados, útiles al Señor, y dispuestos para toda buena obra (2Tm 2,21). A través de nosotros, sus

vasos de barro, quiere mostrarle al mundo el tesoro de la Gloria de Dios, y la excelencia de su poder obrando en nosotros (2Co 4,6-7).

a. Vasos de barro

¿Quién guardaría un tesoro en un vaso de barro? Lo natural es que los tesoros se guarden en cajas fuertes, pero cuando se trata de Dios, siempre nos confronta con paradojas que nos hacen ver que sus caminos no son nuestros caminos.

El Apóstol Pablo establece que la voluntad de Dios fue colocar el ministerio del nuevo pacto en vasos de barro. Nos presenta un contraste entre el valor indescriptible del tesoro del evangelio, guardado en ministros, vasos frágiles, que se pueden romper. Pablo declara que el propósito divino del poder de Dios encuentra su demostración total en la debilidad humana.

Pablo describe este vaso de barro como el hombre exterior, (2Co 4,16), el cual es de naturaleza inferior, innoble, desechable (Lv 11,33), frágil y fácil de romper. El contraste entre el tesoro y el vaso de barro, apunta hacia la superioridad del tesoro y la inferioridad del vaso. La importancia del vaso radica en que esté limpio, vacío y disponible para el servicio del Señor. Este vaso de barro es sometido a pruebas y tribulaciones por causa del evangelio.

Pablo describe sus aflicciones, y muestra que ellas no lo han desanimado.

La segunda parte del v. 9 del capítulo 4, de la segunda carta a los Corintios, es el clímax de la lista de sufrimientos del apóstol, donde se presenta a sí mismo como derribado, pero no destruido. A pesar de todas esas aflicciones y de lo frágil que es, ese vaso de barro no está roto.

De meditación:

- Dios pone algo de sí en cada vaso. ¿Estás satisfecho con lo que tienes, cómo eres? ¿Eres un don para los demás, acogedora, tierna, comprensiva? ¿Das paz y unidad?
- Dios modeló cada vaso con ternura y amor, y puso estos sentimientos en las personas. ¿Los has convertido en comprensión, compasión, cariño y perdón hacia compañeros? ¿O te has dejado llevar por la autosuficiencia y el protagonismo?
- Todo vaso tiene su lugar, pero no todas están en la misma dependencia. ¿Has aceptado y estás contento con tu destino y el servicio que te han encomendado?
- Todo vaso está llamada a saciar la sed. ¿Has evangelizado compartiendo sus alegrías y sus penas? ¿Los has servido como servirías a Jesús?

b. El buen barro

El alfarero trabaja el barro en su torno, le da forma una y otra vez, ensaya, a la vez que le da forma también está jugando con el barro, lo toca, lo juega, lo moldea.

El barro, cada vez que tiene contacto con las manos del alfarero, que es sometido a la acción del torno, va tomando una consistencia más suave, más dócil, más pastoso, más consistente y hasta un poco brillante por los líquidos y minerales que contiene el barro.

El alfarero no usa cualquier material para hacer sus vasijas. El alfarero busca, selecciona el terreno de donde va a extraer el barro que necesita. Este barro tiene que contar con las características necesarias para que pueda ser seleccionado. Significa que el alfarero le va a poner manos sólo si reúne con estas condiciones, o por lo menos si tiene un mínimo de lo necesario para que él pueda trabajarla.

Caso contrario, el alfarero corre el riesgo de perder su tiempo, su paciencia y trabajo en algo que al final no le va a servir.

En muchas ocasiones nosotros hemos sido barro que nos hemos dejado moldear, que hemos pasado muchas veces por la acción del torno. Durante nuestra vida hemos pasado por varios tornos, y por diferentes tipos de tornos, unos mejores que otros. Por ejemplo: tenemos el torno de la familia, es en la familia, donde desde que nacemos nos empiezan a dar los patrones de conducta, los valores morales, y los hábitos personales que debemos desarrollar en nuestra vida. El torno de la escuela, este torno nos moldea el conocimiento, nos dice lo que debemos o no, saber o aprender. El torno de los amigos. La vecindad, el torno de la sociedad y el torno de la cultura en la que vivimos.

c. Dios el alfarero

Dios es el alfarero que está buscando buen barro. Es Dios quien quiere que cada uno fuésemos como ese buen barro que, aunque somos una pieza imperfecta, estemos dispuestos a pasar por el proceso de perfeccionamiento sometiéndonos cuantas veces sea necesario a la acción del torno.

Si usted nunca se preocupó por saber quién es su alfarero, no se preocupe, ahora es tiempo de hacerlo. Dios está esperando con su torno listo. Solo falta que usted le dé la señal, que usted se lo pida, que usted se lo haga saber.

Dios quiere moldearla, modelarlo, como una de sus mejores piezas, como la mejor pieza de su colección. Revistámonos de humildad y permitamos que sea Dios nuestro propio alfarero.

Cuándo hemos permitido que sea Dios el alfarero que moldee nuestro ser, nuestras vidas. ¿Alguna vez? ¿nunca? Probablemente sea esta última.

2. Somos barro pulido

¡Qué difícil es ser barro! Ser rescatado y escogido, ser pensado y diseñado es maravilloso. Sólo el amor engendra la maravilla. Sólo el amor convierte en milagro el barro. Lo actual es un complejo amasado con el barro de lo que fue y el fluido de lo que será. ¡Pero todo lo que sigue es tan duro! ¿A quién le gusta el proceso de ser preparado y amasado en pureza y santidad, y que cada rato le saquen las piedritas de pecado y las burbujitas de orgullo y de ira? ¿Quién se deleita en ser tirado en el torno, y asiduamente y con solidez ser centrado en la voluntad del alfarero? ¿Quién aspira sus manos fuertes sobre Él, a veces forzando hacia arriba y hacia afuera con situaciones dificultosas, y otras veces abatiendo y triturando el carácter y el proceder? ¿A quién le gusta la idea de que tenga que doblar la rodilla a los caracteres y las paradas y los giros de la rueda de la vida que el alfarero determine?

Al darnos cuenta que no es fácil tenerse la vasija lista y auscultar ¡Y aún la vasija no está lista! ¡Aún le falta trabajo! Hay que formar bien las paredes de la vasija, adelgazando y redondeando perfectamente el barro. Hay que elaborar bien los bordes superiores, para que queden delgados y simétricos.

Comienza el proceso lento de que hay que pinchar el barro por un lado para que se forme un pico. Por el otro lado, hay que hacer y pegar una oreja. Inmediatamente, cuando la vasija ya esté hecha como el alfarero la haya imaginado, se despega del torno con un hilo o con un alambre, y se pone a un lado para secar. Cuando haya secado por más o menos un día, hay que pulirla: con una herramienta de madera parecida a un cuchillo, el alfarero tiene que quitarle todo el exceso de barro que no permite que se asiente bien.

El desenlace llega el instante, cuando el barro esté medio seco, para adornar la vasija, usando otra herramienta filuda para hacer las marcas y figuras anheladas. Más presión de las manos, pinchazos con los dedos, objetos punzantes, hilos y alambres, herramientas filudas.

Llegamos a estos instantes de reflexión:

- Cuántas veces no hemos sentido sus manos alrededor de nosotros, presionándonos para hacernos más simétricos y equilibrados.
- Cuántas veces no hemos sentido sus dedos pinchándonos, por un lado, pegándonos por el otro – apretando nuestra paciencia, añadiendo otro desafío.
- Cuántas veces no hemos sentido sobre nuestras vidas los hilos y los alambres de Dios que nos cortan y nos quitan de donde ya no debemos de estar.
- Cuántas veces no hemos sentido sobre nuestro carácter, sobre nuestras actitudes y nuestros comportamientos, los cuchillos de Dios que nos raspan y nos liman para que seamos más limpios y más pulidos.
- Cuántas veces no hemos sentido sobre nosotros las herramientas filudas que Dios usa para marcarnos, decorarnos y adornarnos con su gracia, su bondad y su amor.

Todo lo que nuestro alfarero hace con nosotros se siente fuertemente. Todo duele. Toda causa herida. Pero todo es necesario para que nosotros como vasijas de barro seamos elaborados, así como Él quiere.

3. El taller del alfarero

El modo en que dócilmente el Señor dio forma a la vida del profeta Jeremías nos recuerda que asimismo puede proporcionar forma a la nuestra.

El texto bíblico de Jeremías Jr 18,1-6 apreciamos el lugar tan destacado que ocupa la Palabra de Dios en el mismo. Fue por Palabra de Dios

que el profeta Jeremías fue a casa del alfarero. Una vez en el taller del alfarero recibió el mensaje de la Palabra de Dios, mensaje que luego comunicó a la casa de Israel.

Indudable que el profeta Jeremías es enviado a la casa de Israel, o al taller del alfarero, no a predicar un sermón, sino a recibir uno de parte de Dios, a través del alfarero en su taller, para que luego lo predicara al Pueblo, que está sediento de Dios. Jeremías obedece.

Con este afecto del alfarero, en su taller hay una misión para el pueblo de Israel en aquel tiempo, y en nuestro tiempo, pero en este momento pretendemos ocuparnos del alfarero y la descripción que se hace las tres vasijas de barro específicas que presenta en su taller. Pues, el alfarero trabajó con barro, y “formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gn 2,7).

En el taller del alfarero hay una misión para el pueblo de Israel:

a. Primera vasija

En esta primera vasija de barro en el taller del alfarero, el profeta Jeremías percibió que la primera vasija se echó a perder. Es interesante notar que no fue por error de parte del alfarero, sino en la naturaleza del mismo barro. Esta primera vasija de barro, que hizo el Alfarero, o sea, el primer Adán, se echó a perder.

Desobedeciendo a Dios, pecó contra Él y se alejó de Dios. Pecó contra su espíritu, y éste murió, pues quedó separado de Dios. Pecó contra su alma, y ésta se corrompió en vicios y pecados. Pecó contra su cuerpo y éste enfermó hasta volver al polvo. Pecó contra su posteridad, pues “el pecado entró en el mundo por un hombre, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rm 5,12), “y están destituidos de la Gloria de Dios” (Rm 3,23).

Innegable que el profeta, también parte que el alfarero “hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla”. Esto es, esta segunda vasija, el alfarero la hizo mucho mejor. De igual modo, “cuando vino el cumplimiento del tiempo” (Ga 4,4), el alfarero volvió a batallar con el barro de la naturaleza humana, “y la virgen concibió, y dio a la luz un hijo, y le puso por nombre Emmanuel (Is 7,14), y “envió a su Hijo, nacido de mujer” (Ga 4,4).

b. Segunda vasija

Esta segunda vasija de barro en el taller del alfarero, -Adán- quedó perfecta, maravillosa. ¡Él es admirable! “Y el Verbo se hizo carne, puso su tienda entre nosotros, y hemos visto su Gloria: la Gloria que recibe del Padre Él Hijo único; en Él todo era don amoroso y verdad” (Jn 1,14). “Porque en Él reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente” (Col 2,9).

“

Y, sin duda alguna, grande es el Misterio de la piedad: Él ha sido manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, visto de los Ángeles, proclamado a los gentiles, creído en el mundo, levantado a la gloria” (1Tm 3,16).

“Fue sepultado junto a los malhechores y su tumba quedó junto a los ricos, a pesar de que nunca cometió una violencia ni nunca salió una mentira de su boca” (Is 53,9).

“A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él” (2Co 5,21).

“Así había de ser nuestro Sumo Sacerdote: santo, sin ningún defecto ni pecado, apartado del mundo de los pecadores y elevado por encima de los cielos” (Hb 7,26).

Asimismo como el enemigo agredió y logró echar a perder la primera vasija, el primer Adán, aún con mayor fuerza atacó y trató de dañar y echar a perder esta segunda vasija, Jesús, nuestro Señor, por medio de la muerte prematura, la tentación, la persecución, el insulto, la acusación falsa; y cuando creyó que con la muerte le destruía, fue crucificado, y allá en la cruz, “les quitó su poder a las autoridades del mundo superior, las humilló ante la faz del mundo y las llevó como prisioneros en el cortejo triunfal de su cruz” (Col 2,15).

c. Tercera vasija

En esta tercera vasija de barro en el taller del alfarero, lo que Dios hace es la presencia de la naturaleza Divina en el barro, que el Apóstol Pedro le llama “Por ellas nos ha concedido lo más grande y precioso que se pueda ofrecer: ustedes llegan a ser partícipes de la naturaleza divina, escapando de la corrupción que en este mundo va a la par con el deseo” (2Pe 1,4).

“

***La cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios” (Jn 1,13) y el resultado es un nuevo nacimiento, “nacido del Espíritu” de Dios (Jn 3,1-8), “nacido de Dios” (1Jn 5,1), “pues, habéis sido re-
engendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente (1Pe 1,23) y “hechos hijos de Dios” (Jn 12; 1Jn 3,1-2) y recibe la vida eterna (Jn 3,16) por el cual “por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo” (2Co 5,17).***

Las vasijas de los alfareros, por ser trabajo manual, son diferentes sin importar el empeño que el artesano haya puesto por hacerlas igual, además tienen usos muy variados, unas son para guardar líquidos, otras comidas, algunas para adorno.

De igual carácter Dios nos ha hecho a cada uno como mejor le ha parecido, nos ha colmado de dones naturales y sobrenaturales, nos ha dado vocaciones, misiones y ministerios diferentes, por tanto, cada uno de nosotros es único, y cualquiera que sea el propósito de Dios en nuestra vida, debemos abrirnos a su acción transformadora, y sobre todo ser conscientes que las Manos del alfarero siempre querrán hacer de cada uno de nosotros una mejor persona.

Voy a contarles una encantadora historia que proporciona elementos de reflexión a nuestras vidas porque a veces no apreciamos lo que somos, lo que recibimos y lo que podemos hacer. Varios comentan que de tanto percibir las cosas no sabemos estimar lo precioso que poseemos a la par, describamos esta metáfora sobre la “Vasija de barro”:

“

Cuenta la historia de un hombre que vivía en las montañas había heredado de sus abuelos una vasija de barro muy antigua. La tenía en el suelo abandonado que ya el polvo casi no le dejaba ver los dibujos que la adornaban y su dueño no la tomaba en cuenta para nada, más bien la consideraba un estorbo. Un buen día pasó por la casa de aquel hombre un artista de la ciudad que sabía mucho sobre el arte de los antiguos. Y al ver la vasija le preguntó a su dueño si quería venderla. El hombre se rio y le dijo: Pero señor, ¿quién va a querer comprar esa vasija de barro? El artista le dijo: Yo le daré cien pesos por ella. El hombre se puso muy contento. No sólo se iba a deshacer de aquel estorbo, sino que encima le iban a dar dinero.

Muchos días después, el hombre que vivía en las montañas tuvo que ir a la ciudad. Caminó por las calles y vio que un montón de gente hacía fila frente a una tienda, donde un hombre estaba gritando: ¡Vengan a ver la obra de arte que acaba de ser descubierta! Por sólo 500 pesos usted podrá conocerla. El hombre pagó los 500 pesos para ver la obra de arte que anunciaban. Y su sorpresa fue enorme al darse cuenta de que era la misma vasija de barro que él había vendido por cien pesos”.

Revisión de vida:

- Nos puede pasar igual que aquel hombre de las montañas: Que de tanto ver las cosas no sabemos apreciar lo valioso que tenemos a la par. “Con el tiempo aprendes que las palabras dichas en un momento de ira pueden seguir lastimando a quien heriste, durante toda la vida. Con el tiempo aprendes que disculpar cualquiera lo hace, pero perdonar es sólo de almas grandes”, lo expresa Jorge Luis Borges.
- Ni nos damos cuenta quien es en verdad el que nos apoya. La vida no es un camino cubierto de problemas que necesitan ser resueltos. Hay que saber vivir.
- Cierto es que nos falta sacrificio. Es seguro que lo creamos mal: El sacrificio, en cualquier esfera de la vida, es un valor humano.
- Como Agustín de Hipona en un momento de su vida vivió ansioso de felicidad, la buscó y fue tras ella; pero en un instante de perspicacia y claridad, se dio cuenta que la tenía dentro, muy dentro de su corazón, hasta llegar a exclamar en su obra de las Confesiones: “¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! y tú estabas dentro

de mí y yo afuera, y así por de fuera te buscaba; y, defórmeme como era, me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste” (conf. 10,27,29).

4. De qué barro soy

Dios crea todo cuanto existe y lo consagra al descanso, lo cual también debe ser imitado por el pueblo. Varios elementos se repiten a lo largo de la creación con la intención de que quede bien impreso en la mente del creyente.

“ *Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra no tenía forma; las tinieblas cubrían el abismo. Y el soplo de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. Dijo Dios: –Que exista la luz. Y la luz existió. Vio Dios que la luz era buena; y Dios separó la luz de las tinieblas” (Gn 1,1-4).*

Después se respiraba un aire de derrota, de fracaso, de horizontes cerrados, de desconfianza respecto a todo tipo de institución; lo que era todavía más peligroso: desde el punto de vista religioso, hay un ambiente de desconfianza hacia su Dios y hasta una cierta sospecha de que Él y sólo Él era el responsable, no sólo de los males pasados, sino también de los presentes.

“ *Y dijo Dios: –Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que ellos dominen los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles. Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: –Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las*

aves del cielo y a todos los animales que se mueven sobre la tierra” (Gn 1,26-28).

La pregunta, sería ¿De qué barro estoy hecho? De naturaleza sabe el hombre, que somos de barro, porque es la fuerza de Dios, la fuerza que salva, que cura, que nos pone en pie. Todos nosotros somos vulnerables, frágiles, débiles, y tenemos necesidad de ser curados. El Apóstol Pablo, dice:

“ ***somos atribulados, somos perseguidos, golpeados, como manifestación de nuestra debilidad, de la debilidad de Pablo, manifestación del barro. Y esta es nuestra vulnerabilidad. A veces buscamos cubrir la vulnerabilidad, que no se vea; o maquillarla, para que no se vea; o disimular.***

El mismo Apóstol, al inicio de este capítulo dice: “Cuando he caído en el disimulo vergonzoso. Los disimulos son vergonzosos, siempre. Son hipócritas”.

El mundo es barro nutritivo y charco maravilloso. Pero se trabaja exactamente con barro y con fantasía. Sí, pero es usual escuchar estas palabras: a veces toca aguantar los golpes que percibe la vida. ¿Quién de nosotros no ha tenido que sufrir desencantos, decepciones, tristezas e infortunios? y al mismo tiempo ¿quién de nosotros no ha ejercitado el amor, la fuerza de la oración, la gracia de Dios que actúa en nuestra vida? Sin, duda, que hemos inscrito en nuestras vidas con sello y con historia que ha habido unos utensilios significativos: las vasijas; sí, las vasijas de barro, las que han sido fabricadas por las manos humanas y que tan útiles se convirtieron en siglos pasados.

Las vasijas de barro de diferentes formas y tamaños, fueron utensilios de mucho valor en los hogares de la antigüedad. Nuestros padres primitivos se valían de grandes tinajas para almacenar el agua y el

aceite; utilizaban cántaros para acarrear agua y frascos de estatuilla para guardar perfumes. Las vasijas de barro, para la bodega de almacenamiento, se llenaban de granos y otros alimentos. Las amas de casa aprovechaban cazuelas de barro para cocinar. En las comidas, usaban utensilios de barro como platos y tazones; en la noche, iluminaban las casas con lámparas de barro. Los artesanos que elaboraban estos utensilios tan necesarios eran parte significativa de la economía de los antiguos pueblos y ciudades. Era tanto, la admiración por el utensilio elaborado que un artesano, en un momento de inspiración, relató así su artesanía:

“

Mis dos manos dieron forma a esta vasija. Y el lugar en el que se forma en realidad es uno de tensión entre la presión aplicada en el exterior y la presión de la mano del interior; es un verdadero arte manejar ambas manos, mientras una presiona, la otra va moldeando con suavidad y cariño. Así ha sido mi vida. Tristeza, muerte e infortunio, amistad y todas las cosas que me han sucedido que ni siquiera elegí. Todas influyeron en mi vida. Son las manos que me han ido formando por fuera y hacen que hoy sean parte de lo que soy. Sin embargo, hay cosas que creo que tengo dentro de mí: mi fe en Dios y el cariño y respeto de algunos amigos que actuaron en mí. Mi vida, al igual que esta vasija, es el resultado de lo que ocurrió en el exterior y de lo que sucede en el interior de mi vida. La vida, como esta vasija, se forma en lugares de tensión” (A Guide to prayer for All God’s People, Rueben P. Job y Norman Shawchuck).

Normal es que a lo extenso del día nos sintamos ajustados por las durezas y solicitudes de los otros, agobiados por las ventas y presionados por los retos que nos acosan desde el exterior. Sin fortaleza

de espíritu en nuestro interior, sin esos instantes de discernimiento en la fe, la oración, la esperanza, esas dificultades nos trasladarán al desmorone, porque la tensión externa es muy fuerte. Nuestra vida interior nos proporcionará las energías que se necesitan para convertir la vida en una vasija útil, grata a los ojos del alfarero y gratas a los ojos de los que la utilizan. Así es, estamos llamados a que a través de nosotros se haga el bien, se viva en la verdad y se trasmita el amor, hoy es la ocasión. Por eso, no nos desalentemos: Pues, “por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día” (2Co 4,16).

Agustín de Hipona, dice:

“

somos puestos en apuros, pero no sospechamos. Hay algo de Dios que nos da esperanza. Somos perseguidos, pero no solos; golpeados, pero no aniquilados”. Siempre existe esta relación entre el barro y la fuerza, el barro y el tesoro. Y la vergüenza, esa que se alarga en el corazón para que, entre la fuerza de Dios, la fuerza de Dios.

En una revisión de vida sellamos que en el ser humano la vergüenza de ser de barro y no ser un vaso de plata o de oro. De ser barro. Pues, si nosotros llegamos a este punto seremos felices. Seremos muy felices. El diálogo entre la fuerza de Dios y el barro: pensemos en el lavatorio de los pies, cuando Jesús se acerca a Pedro y Pedro le dice: ‘No, a mí no Señor’. No había entendido Pedro que era de barro, que tiene necesidad de la fuerza del Señor para ser salvado.

Nuestras vidas deben estar en manos del alfarero, que es Dios, el cual, les dará el molde necesario y justo en su momento preciso. ¡De la misma forma en que todo en la naturaleza ha pasado por un proceso para tomar su forma, tú y yo también en las manos de nuestro Creador! dice Agustín de Hipona. Si estás dispuesto a poner tu vida

en manos de Cristo, debes saber que Él ara contigo lo mismo que hace el alfarero con el barro, es todo un proceso de echarle agua, darle forma con las manos, ponerlo en un horno caliente, cepillado, pintura y por último el horno más caliente y todo esto con el único objetivo de que el barro sea útil y duradero.

5. Tú y yo somos barro

Somos barro. Del barro que se forman los recipientes que pueden contener tesoros. Tú y yo somos diferentes. Tenemos distintos tipos de resistencia, tanto física como mental. Tenemos capacidades diversas para soportar más o menos horas de trabajo. A algunos se nos da bien viajar, a otros no tanto. En muchos sentidos tenemos distintas capacidades. Pero sea cual sea la constitución que Dios nos ha dado, ninguno somos más que polvo.

En la dimensión integral de Agustín de Hipona sobresale el pensamiento que el hombre es hecho de polvo y se mueve por amor y desde el amor, porque el amor es el peso del alma: “Mi amor es mi peso; él me lleva adonde soy llevado. Seguro es que el amor cambia la vida” (s. 313A, 2-3) y sólo quien ama a Dios sabe amarse a sí mismo, a pesar de su agotamiento. Somos barro. Del barro que se forman los recipientes que pueden contener tesoros.

A tal punto que no reflexiona sobre un ser humano abstracto y desencarnado, sino que centra la mirada sobre sí mismo; y, es entonces, cuando desvela y narra la dramática experiencia de la búsqueda inquieta que ocupó toda su vida durante años, hasta que se echó en las manos del alfarero. Dejando en manos del alfarero todo, ya que Él proporciona el molde correcto. Tenga la oportunidad de corregir los errores y trasladar de lo que tienes dentro, en tu interior a su vida. Dios es el único que puede cambiar la vida y corregirla, Él tiene planes de bienestar para todos los que le buscan así que no te canses de buscar su voluntad que es buena y agradable para nosotros; que Agustín de Hipona sea ese camino de identidad con Dios.

¿Qué significa las palabras del profeta Isaías: “Barro en manos del alfarero”? El ejemplo más minucioso se halla en Jeremías: “¿No puedo yo tratarlos a ustedes, casa de Israel, como ese alfarero? Oráculo del Señor. Sí, como la arcilla en la mano del alfarero, así están ustedes en mi mano, casa de Israel” (Jr 18,6).

No creemos que somos de barro. Pasamos instantes de la vida indiferentes, hasta con una cantidad de vacíos, desesperación y de errores que en su instante los argüimos: entre bien o entre mal. “La verdad no es mía ni tuya sino patrimonio de todos” (en. Ps. 103,2). Esto fue lo que vivió mi Amigo Kevin, quedando decepcionado, desencantado y confundido. Fue el momento de invitarle a la calma, que es señal de autoridad. Hay que ser como el barro en manos del alfarero, un pasaje que leemos en la Biblia como una misión del profeta Jeremías.

Tratamos tener siempre
la razón y hasta con
enunciados falsos dichos
por otros perseguimos
llegar a acontecimientos
reales

El profeta fue instruido por Dios para que fuera a la casa de un alfarero donde Él pudiera ilustrar su relación con Israel. El profeta comunica una lección significativa que aprendió de Dios de una manera única. Pues, Dios le dijo a Jeremías que fuera a la casa de un hombre en su pueblo que hacía alfarería, y una vez que llegara allí, Dios le revelaría un mensaje significativo. Así que fue a la casa del alfarero. Cuando llegó a la casa de este hombre, observó cómo el alfarero tomaba un poco de arcilla y comenzaba a hacer una vasija.

El vaso en manos del alfarero. Sí. Guardamos un tesoro en vasos de barro. Pero la tentación es siempre la misma: cubrir, disimular, no creer que somos de barro. Esa es la hipocresía frente a nosotros mismos. O en palabras de Agustín de Hipona:

“

Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas y te ayuda para que puedas” (nat. et gr. 43,50).

Si volvemos al profeta Jeremías mostramos que el amor nos puede cambiar la vida y solo es dejarnos abandonar en manos del alfarero, porque es el que toma la arcilla y la convierte en loza. Que la arcilla húmeda se convierte en un torno cuando el alfarero la moldea en lo que quiera. Una vez acabada, la creación del alfarero se cuece en un horno, lo que endurece la arcilla. De ahí la similitud comparativa: Dios es el alfarero y nosotros somos barro en manos del alfarero.

La metáfora es cierta, el alfarero es Dios mismo, que utiliza sus manos que son el Maestro, Jesús y el Espíritu Santo. Él es el camino, la verdad y la vida, la Palabra de Dios hecha carne, El Buen Pastor que guía sus ovejas descarriadas, es nuestro modelo a imitar, y el Espíritu Santo, nos da la fuerza, amor y todo aquello que necesitamos para vivir como Cristo nos pide y ponernos en sus manos.

En las manos de Dios el alfarero nos forma y ellas están en nuestras vidas. Nos va perfeccionando, somos débiles y necesitamos de ayuda, no hay nadie perfecto, todos somos iguales. No podemos ser hipócritas. Sólo hay gente que tiene cosas que tú no tienes, como tú tienes cosas que ellos no tienen. La vida es gratis, es un don, un regalo y los regalos no hay que rechazarlos. A pesar de ser conscientes de nuestra nada. ¿Pero para que ese regalo tenga algún sentido, tienes que preguntarle, quien te la regaló? De otra manera te estarás perdiendo el verdadero significado de tu existencia, de su propio valor.

Muchas veces nos sentimos mal por la forma en que actúas y reaccionas, pero lo que ocurre es que algunos lastimamos con más facilidad que otros. Las virtudes de los demás siempre son más visibles para ti, que las tuyas propias. Estamos en manos de Dios, sus manos

nos forman. Y nos ayudan a cambiar de vida. Él sabe cómo aplicar presión hábilmente, cómo frotar, o cómo apretar y empujar; todo esto diseñado para hacernos una vasija apta para su uso.

A veces incluso nos coloca en el horno donde los fuegos de la vida nos convierten en vasos más sólidos para su uso. Nunca creas que es tarde para volver a empezar. Nunca es tarde para realizar un sueño. No hay nada imposible para Dios. “Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio. “Pues, a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera Él el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,28-29).

6. Sus manos nos forman

En intervalos de la vida las manos del alfarero se valen de las dificultades, adversidades, enfermedades, problemas, y otras situaciones para moldearnos, transformándonos interiormente, aun cuando nuestro entorno siga igual, dándonos paz en medio de la tormenta y agradecimiento por las circunstancias que ayudan a moldearnos. ¿Qué tanto te dejas moldear por las Manos del alfarero?, ¿Qué debes hacer para ser barro dócil en las Manos del alfarero, estás dispuesto a su acción?

Cuando nos hallamos bajo algún tipo de dificultad correspondemos imaginar las hábiles Manos del alfarero usándolo para el bien de nuestra vida. Discernir y usar su palabra en la oración como lo hizo el profeta Isaías. Podemos confiar en sus diestros y expertos dedos porque no nos harán daño, sino que nos ayudan a moldear nuestro ser.

A modo de instrucción y revisión de vida sobre el barro en manos del alfarero, reflexiones esta metáfora, aunque este barro presente está sujeto al desgaste diario, a las tribulaciones y a los padecimientos,

sabemos que en Cristo Jesús tenemos la esperanza de un futuro glorioso en el cual apreciaremos una transformación integral:

“

Un niño jugaba con barro haciendo una construcción. Alguien se le acercó y le preguntó qué estaba haciendo y él respondió: Estoy haciendo una catedral. La otra persona le dijo: Si estás haciendo una catedral también tendrás que hacer al obispo, a los sacerdotes y los religiosos que están adentro. El niño respondió: ‘No tengo barro suficiente para hacer al obispo, a los sacerdotes y a los religiosos’.

Revisión de vida:

- Somos de barro. De ese barro del que se hacen las vasijas que pueden contener tesoros, como anota el Apóstol Pablo: ‘Con todo, llevamos ese tesoro en vasos de barro, para que esta fuerza soberana se vea como obra de Dios y no nuestra’ (2Co 4,7).
- Como barro que somos, tenemos, de vivir siempre vigilando porque como anota el Apóstol Pedro ‘el diablo como león rugiente busca a quien devorar’ (1Pe 5,8) y para él somos bocado sabroso.
- Nuestra situación de barro quiere decir fragilidad y en ocasiones pecado y crisis espiritual. Acontece que estas crisis espirituales, ese no estar bien ante Dios y ante la comunidad cristiana.

Hay que aprender que la vida es un regalo sorprendente, que solo precisamos darnos cuenta, y que cada día es una fiesta de creación y crecimiento a condición de que estemos despiertos, que el amor nos hace sensibles y la coherencia poderosos, que la felicidad nos vacuna

contra muchas enfermedades y que reduciendo las necesidades ampliamos nuestra libertad.

Es de asentar que al platicar sobre la identidad y Carácter propio de Agustín de Hipona lo centramos en un proceso integral orientado a hacer emerger y dinamizar, mediante la fuerza cognitiva del amor, todas las capacidades latentes del ser humano.

Nuestras vidas deben estar en manos del alfarero, que es Dios, el cual, les dará el molde necesario y justo en su momento preciso. ¡De la misma forma en que todo en la naturaleza ha pasado por un proceso para tomar su forma, tú y yo también en las manos de nuestro Creador! dice Agustín de Hipona. Si estás dispuesto a poner tu vida en manos de Cristo, debes saber que Él ara contigo lo mismo que hace el alfarero con el barro, es todo un proceso de echarle agua, darle forma con las manos, ponerlo en un horno caliente, cepillado, pintura y por último el horno más caliente y todo esto con el único objetivo de que el barro sea útil y duradero.

Un valor del profeta Jeremías lo encontramos al examinar capítulo 18: “Dios instruyó al profeta para que fuera a la casa de un alfarero donde Dios pudiera ilustrar su relación con Israel”. Él participa su lección significativa que aprendió de Dios de un carácter único. “Dios le dijo a que fuera a la casa de un hombre en su pueblo que hacía alfarería, y una vez que llegara allí, Dios le revelaría un mensaje sustancial. Así que fue a la casa del alfarero. Al llegar a la casa de este hombre, observó cómo el alfarero tomaba un poco de arcilla y comenzaba a hacer una olla. Pero mientras el alfarero trabajaba, notó que la olla no estaba tomando la forma que el alfarero quería que tuviera, así que el alfarero cambió la forma de la olla. Cuando la forma de la maceta cambió, el alfarero estaba contento con su creación porque al alfarero le gustaba más la nueva forma de la maceta que la antigua.

Los antiguos decían que fueron palabras sabias de Dios al profeta: “Quería que vieras al alfarero rehacer la olla en otra forma. Tú, Jeremías, y todo el pueblo de Israel son como el barro en manos del

alfarero, porque tú estás en mis manos. Te formaré y te haré como quiero que seas. Confía en mí, y déjame crearte como yo quiero que seas”.

Uno de los escenarios de esta presente vasija de barro, es su desgaste diario. Para el Apóstol Pablo, esta realidad no era motivo para flaquear. Aunque sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a la muerte, esa verdad no lo atemorizaba, debido a que sabía que quien había resucitado al Señor Jesús de los muertos lo iba a resucitar, no solo a él, sino a todos los que creyeran en el Hijo de Dios

¡Qué libertad nos produce saber que Dios tiene el control tanto de nuestra vida como de nuestra muerte, y de nuestra resurrección!
¡Siendo que tenemos este conocimiento del poder de Dios, no desmayamos!

Sé que esto cada día hay que trabajar en nuestras vidas y pedirle al Señor que derrame sobre nosotros su gracia y nos ayude a levantarnos cada vez que flaqueamos.

Concluamos, con este himno de alabanza al Señor que evoca el trabajo del taller:

Alfarero del hombre, mano trabajadora:

*Alfarero del hombre, mano trabajadora
que, de los hondos limos iniciales,
convocas a los pájaros a la primera aurora,
al pasto los primeros animales.*

*De mañana te busco, hecho de luz concreta,
de espacio puro y tierra amanecida.
De mañana te encuentro, vigor, origen, meta
de los profundos ríos de la vida.*

El árbol toma cuerpo, y el agua melodía;

*tus manos son recientes en la rosa;
se espesa la abundancia del mundo a mediodía,
y estás de corazón en cada cosa.*

*No hay brisa si no alientas, monte si no estás dentro,
ni soledad en que no te hagas fuerte.
Todo es presencia y gracia; vivir es este encuentro:
tú, por la luz; el hombre, por la muerte.*

*¡Que se acabe el pecado! ¡Mira que es desdeñarte
dejar tanta hermosura en tanta guerra!
Que el hombre no te obligue, Señor, a arrepentirte
de haberle dado un día las llaves de la tierra.*

Amén.

